

COLECCIÓN
TATAKUA

EL ÁRBOL DE BOTELLAS DE WHISKY Y OTROS CUENTOS

•

KATHARINA BENDIXEN

TRADUCCIÓN:
CAROLINA PREVIDERÉ



VERA editorial cartonera

**EL ÁRBOL
DE BOTELLAS
DE WHISKY
Y OTROS
CUENTOS**



COLECCIÓN
TATAKUÁ

**EL ÁRBOL
DE BOTELLAS
DE WHISKY
Y OTROS
CUENTOS**

•

KATHARINA BENDIXEN

TRADUCCIÓN:
CAROLINA PREVIDERÉ



VERA editorial cartonera

LA GRAMÍNEA

Cuando mi hermano tenía cinco años lo atropelló un tractor, y si bien el tractor lo manejaba mi padre, él no fue el único culpable de la muerte de mi hermano, sino que cargábamos la culpa entre los tres. Mi madre estaba en la cocina y por la ventana lo relojeaba a mi hermano que estaba jugando al sol, pero por un momento apartó la vista y miró la olla de puré borbotante. En lugar de no perder de vista a mi hermano, se puso a revolver enérgicamente el puré. Yo tenía que hacerle señas a mi padre y guiarlo en el espacio que hay entre el arce y el galpón. Mi hermano estaba agachado junto a la pared inspeccionando unas gramíneas, las deshilachaba en tiritas delgadas y las miraba a contraluz. Yo estaba seguro de que mi padre vería a mi hermano y lo esquivaría. De cualquier modo, siempre estacionaba el tractor a un metro de la pared para que por las noches el rocío no goteara desde el techo sobre el tractor. Aquel día, sin embargo, mi padre estacionó particularmente cerca de la pared, porque hacía días que el sol estaba fuerte y el asiento se calentaba tanto que le quemaba el culo. Por las mañanas, sus puteadas llegaban hasta arriba a mi habitación. Mi padre solo prestaba atención a mis señas en reversa, la distancia respecto de la pared la calculaba él mismo. Aceleró, y dio un breve sacudón. Apagó el motor y bajó de la cabina de un salto. Yo me quedé parado junto al arce, mudo. Mi madre levantó la vista del puré. Justo

en el lugar donde hasta recién estaba mi hermano, ahora estaba el tractor, y entre las enormes ruedas traseras se divisaba algo pequeño y colorido. Me quedé mudo, hasta que dije:

—¡Papá!

Camino a la casa mi padre se dio vuelta y dijo:

—No, sos muy chico todavía para manejar el tractor, pero sos muy buen guía.

Yo volví a decir:

—¡Papá!

—¡No se discute! —me dijo, mientras desaparecía dentro de la casa.

Lo seguí corriendo hasta la cocina. Mi madre miraba el tractor por la ventana, mi padre la había abrazado por la cintura y miraba en su misma dirección, el puré de papas borboteaba, gran parte ya se había desparramado por fuera de la olla.

—Vení acá con nosotros —dijo mi madre con voz monocorde, y mi padre asintió estoico a sus palabras. Me paré delante de mi madre y apoyé la nuca en su pecho mullido, hasta que comenzó a gritar.

Los rescatistas tardaron bastante en liberar a mi hermano. Habían dado aviso a los bomberos, pero lograron sacar a mi hermano de abajo del tractor antes de que el camión rojo ingresara así que dieron la contraorden a sus colegas. No querían llevárselo porque sabían que ya no había nada para hacer. Mi madre les pidió que lo subieran a la camilla. Le acomodó las extremidades, de modo que uno podía creer que no le había pasado nada, si no fuera porque estaba todo ensangrentado.

—¿Y ahora...? —dijo mi madre—, ¿no hay algo que puedan hacer?, se lo ve mucho mejor.

Los rescatistas negaron con la cabeza y subieron la camilla a la ambulancia. Se fueron sin encender la luz azul y nosotros volvimos a la casa sin decir una palabra. Tampoco después dijimos nada sobre su visita, solo cuando nos cruzábamos al mediodía en el pasillo decíamos nuestras tractofrases. Mi madre decía: «casi mato a mi hijo mientras hacía puré de papas», y mi padre decía: «casi mato

a mi hijo mientras estacionaba el tractor», y yo decía: «casi mato a mi hermano mientras ayudaba a mi padre a estacionar», y algunas veces sonreíamos. Si alguno empezaba, entonces los demás también tenían que pronunciar sus frases, y si alguno sonreía, también tenían que sonreír los demás, después yo subía a mi habitación a hacer las tareas y mi madre se iba a la cocina a hacer mermelada y mi padre se iba a recorrer el campo.

Excepto por el hábito de decir las frases consecutivamente, no hubo grandes cambios después de que vinieran los rescatistas, solo cambió la conducta de mi padre para estacionar: al finalizar la jornada, simplemente dejaba el tractor ahí mismo en el campo y a la mañana siguiente se volvía a subir. Mi madre le regaló para el cumpleaños un almohadón con una funda estampada de florcitas amarillas que no se calentaba con el sol y hacía un poco más ameno su trabajo en el campo. A veces dormía la siesta en la cabina, apoyaba los brazos cruzados en el volante y recostaba la cabeza. Se guardaba la llave en el bolsillo del pantalón para que a mí no se me ocurriera ningún disparate. Pero no sucedía tal cosa, porque algo más había cambiado: yo no volví a pedirle a mi padre que me dejara manejar el tractor, y ya no ansiaba tener la edad para poder finalmente hacerlo. Empecé a temerle a esa edad, maldecía cada cumpleaños y a los desconocidos les mentía diciendo que era más joven de lo que en realidad era. Mis padres se miraban y con apenas mover los labios insinuaban sus tractofrases, acto seguido, yo musitaba la mía, y a veces creía que serían comprensivos conmigo.

Debo haber decepcionado a mi padre cuando cumplí la edad tan temida y quiso sentarme por primera vez frente al volante de su tractor.

—No puedo hacerlo —dije yo.

Mi padre me miró incrédulo. Había dejado el tractor frente a la ventana de la cocina, no muy lejos del arce y el galpón.

—Eso, que creo que no puedo —repetí.

Mi padre primero lo intentó por las buenas.

—Casi mato a mi hijo mientras estacionaba el tractor —dijo él y yo repliqué:

—Casi mato a mi hermano mientras ayudaba a mi padre a estacionar —y mi madre no dijo nada, en ese momento estaba pisando papas en la cocina y no podía oírnos. Me quedé parado como una mula al lado del tractor, mi padre comenzó a enfurecerse.

—No seas tan sensible, querés —me inquirió. Miré su rostro, miré al piso y otra vez su rostro.

—Es que no sé si quiero manejar tractores —dije yo—, a lo mejor prefiero aprender alguna otra cosa.

—Sin excusas —protestó— ¿de qué vas a trabajar si no? Y, por cierto, el día ese cuando me guiabas, no fuiste muy delicado que digamos. Me sobresalté.

—Pero... —dije yo.

—¡Sin peros! —replicó mi padre.

—¡Sí que peros, si ni siquiera sabés estacionar! —exclamé—
¿Qué querés que aprenda de vos?

Mi madre estaba mirando por la ventana, se había puesto atenta porque nosotros íbamos subiendo el tono.

—Casi mato a mi hijo mientras hacía puré de papas —exclamó desde la ventana.

—¡Y vos! —gritó mi padre—. ¡Si ni siquiera sos capaz de cuidar a una criatura de cinco años, qué cosa buena querés que salga del otro!

Mi madre miró horrorizada a mi padre.

—Por qué no se ponen a estacionar, que es lo más importante, no hay mucho para errarle —dijo y corrió la cortina.

Mi padre escupió al suelo.

Aquella noche, por primera vez después del día de los rescatistas, mi padre se fue de casa sin despedirse. No regresó. A la mañana siguiente mi madre salió llevando en la bolsa de los mandados un gran frasco de puré. Seguí su camino hasta perderla de vista en la curva de acceso al pueblo, entonces se me ocurrió pincharle las ruedas al tractor con un cuchillo. Logré pinchar solo una. Agarré el almohadón floreado de la cabina, lo puse en el suelo junto a la pared del galpón y me senté. Arranqué una gramínea y la sostuve a contraluz, pero no vi nada cautivador.

ÁFRICA POSTAL

En invierno algunas cabezas se escondían detrás de la empalizada del cerco y observaban la casa ubicada al final de la calle.

—Por supuesto que vendrá a casa para Navidad —dijo la madre a través del cerco—, solo hay que esperar unas semanas.

Desde el verano que la hija enviaba una vez por mes una postal de África. *Para Navidad nos vemos*, leía la madre en las postales.

—Su vuelo arranca el veinticuatro de diciembre a la mañana en Kisangani —les dijo a los otros del pueblo, esos que después encorvados sobre el atlas negaban con la cabeza.

Unas semanas más tarde, la madre desarrolló un álbum de postales de África y llevó los regalos para la hija de nuevo a la habitación. Guardó el álbum en su mesita de luz y cerró las cortinas. El padre apagó la luz cuando estuvo seguro de que el timbre ya no sonaría. El tres de enero llegó de vuelta el paquete desde África por destinatario desconocido, la pequeña letra de la madre sobre la etiqueta amarilla estaba tachada, al lado no había consignada ninguna dirección nueva.

Vino una primavera en la que la hija no envió una sola postal. En el manzano los mirlos trinaban que, sin un domicilio, ya tampoco habría hija.

—No quiero que hables más con los otros sobre nuestra hija —le dijo el padre a la madre sosteniéndole firme el mentón con el índice y el pulgar—, ¿estamos?

—En el verano seguro vuelve —dijo la madre a través del cerco.

En el verano el timbre no sonó, ni siquiera repiqueteó el buzón. Los otros del pueblo estaban todo el tiempo reunidos frente a la casa al final de la calle preguntando por la hija, aunque, en secreto, ya desde la primavera les daban la razón a los mirlos.

—Por supuesto que vendrá a casa para Navidad —dijo la madre en invierno a través del cerco—, yo creo ciegamente en lo que ella escribe.

A partir del otoño volvieron a llegar postales con regularidad, en letra pequeña contaban de África y prometían que la hija vendría pronto. El padre encontraba las postales en el buzón por las mañanas, pero no las leía.

—No quiero que les cuentes a los otros sobre las postales —decía.

Él se pasaba los días afuera en el campo, donde los rastrojos se parecían a la estepa amarilla de las postales. Mientras el padre trabajaba, la madre, a través del cerco, les mostraba a los otros del pueblo las postales y les leía frases sueltas. *Sigue estando muy caluroso y seco*, leía la madre en voz alta, y: *para Navidad nos vemos seguro*. Luego volvía a colocarlas en la ventana de la cocina, de modo que fueran visibles ya desde el jardín.

Los otros del pueblo querían escuchar historias sobre África.

—Mañana él no va a estar —dijo la madre a través del cerco—, les voy a mostrar las postales de los últimos dos años, podrán mirar las imágenes y les leeré cada palabra de las tarjetas.

Mentalmente ordenó las postales según la fecha en que fueron recibidas. Y susurrando añadió:

—Pero no se lo cuenten a él.

En la misma secuencia según la cual se disponían sus casas a lo largo de la calle, ahora estaban sentados en el sofá en esquina los otros del pueblo pasándose postales de mano en mano. Si se servían un trozo de

mazapán, se limpiaban los dedos con unas servilletas rojas. Solo tenían permitido contemplar el anverso de las postales. Tan pronto como daban vuelta alguna y examinaban la pequeña letra al dorso, la madre chistaba. Los otros del pueblo observaban cebras y estepa y se susurraban mutuamente chistes al oído. La pilita de la madre se achicaba.

—Esta fue la primera —aclaró finalmente la madre y le entregó a la ronda una imagen brillante con matas espinosas.

—Pero estas también crecen acá —dijo una del pueblo y señaló las plantas que se veían en la imagen—. Todos asintieron y se rieron.

—De esas no —se defendió la madre—, no con espinas tan largas. Agarró un pedazo de mazapán y pasó el dedo engrasado por la mesa hasta dejar liso el mantel. Entonces se puso a hablar de que la hija pronto volvería.

—¿Y cuándo? —preguntaron los otros del pueblo.

—Pronto —dijo la madre y alisó aún más el mantel.

Justo cuando había comenzado a leerles el reverso de las postales a los otros del pueblo, el padre regresó del bar antes de tiempo. Los otros del pueblo enseguida dejaron el mazapán en la bandeja.

—¿Qué les contaste? —vociferó el padre.

De la bronca apagó la luz de la sala y cerró las cortinas.

—Para que vean que no es asunto suyo —vociferó.

Los otros del pueblo salieron apurados de la casa a las nueve, por cada campanada un par de pies salió al exterior atravesando el umbral. Nueve bocas estuvieron como media hora en la plaza riéndose de las postales de África, nueve pares de oídos escuchando atentos la voz sonora del padre saliendo de adentro de la casa. Hasta que oscureció demasiado como para seguir riendo y escuchando, tan oscuro como la sala, que les mostraba que no era asunto suyo.

—¿Te parece que vendrá con su hijo? —le preguntó la madre al padre en voz baja.

—¿Qué hijo, un negrito? —preguntó el padre.

—Es lo que escribió —susurró la madre—, ¿o acaso no lees las postales? Dos años tiene ya.

La madre esparció cabellos de ángel en las ramas de abeto y juntó los restos de un foquito roto, astillas de cristal, más delgadas que el papel de las postales.

—Nuestro nieto —musitó la madre.

Escondió la palita con las astillas debajo del abeto. Más tarde, antes de que la hija vuelva a casa, las juntaría.

—No existe ningún negrito —dijo el padre.

Los otros del pueblo vieron al cartero llevando una postal a la casa ubicada al final de la calle, después se sentaron a comer. La madre se apuró hacia la puerta.

—Dice que nos desea feliz Navidad. Que tampoco este año consiguió vuelo. Vuelve recién para la primavera. La sabana del anverso de la postal es igual al pajar en verano.

—No quiero saber lo que dicen las postales —gruñó el padre—, y las estampillas...

La madre lanzó contra la mesa la asadera con el ganso y repartió la comida en dos platos. Ya por la tarde el padre había guardado el tercero de nuevo en la alacena.

—¿Está rico? —preguntó la madre mientras juntaba repollo colorado con el tenedor.

El padre asintió con la boca llena y bajó la albóndiga con cerveza.

—Ricorríco —dijo el padre.

Después de comer la madre colocó la postal en la ventana de la cocina.

—Jamás creas lo que escribe —susurró amenazante el padre en la cama poniéndose de costado. La madre cerró las cortinas y se acostó junto al padre.

—Este año tampoco me regalaste un álbum de postales —protestó la madre y abrió el cajón de la mesita de luz—. A los álbumes anteriores les quedan unos pocos folios vacíos, como mucho alcanzarán para un año.

El padre apagó el pequeño velador de la mesa de luz.

—Y jamás les leas a los otros del pueblo lo que dicen las postales —dijo el padre en voz alta mientras la madre seguía haciendo cálculos.

—Queremos volver a verla de una buena vez —reclamaron los otros del pueblo—, a ella y a su negrito.

Pararon frente al cerco de la casa al final de la calle, llevaban hongos en conserva y carne enlatada en las bolsas de red para las compras que ahora colgaban de los manubrios de las bicicletas.

—Escuchamos que en África la mayoría de los niños mueren al nacer —dijeron subiéndose a sus bicicletas—. Una vez más se habían olvidado algo en el mercado.

—¿Y vendrá con el negro del padre? —quisieron saber—. ¿Nos vas a regalar uno de sus rulos? —susurraron—. ¿No es que todos los hombres africanos tienen esa enfermedad mortal? —preguntaron—. ¿Vuelve para Navidad? —se cercioraron.

La madre asintió.

—Yo creo ciegamente en lo que ella escribe —dijo la madre a través del cerco.

Recitó de memoria frases sacadas de las postales: *Cebras salvajes de las estepas rodearon mi carpa* y *En el último instante pude ponerme a salvo de la manada de leones metiéndome en el auto*. Luego los otros del pueblo transitaron todo el largo de la calle riéndose a carcajada limpia.

Cuando el padre regresaba del campo, se cruzó con los otros del pueblo viniendo de frente con las bolsas llenas.

—¿Qué anduviste hablando otra vez con ellos? —inquirió a la madre que estaba parada junto al cerco con la tijera de podar en la mano.

—No andarás hablando de nuestra hija, ¿no?

Entonces se tambaleó fuerte y agarró a la madre del brazo como si tuviera que sostenerse de algo.

—¡Se la pasan preguntando por el negrito! —protestó la madre y se tapó la cara con las manos—. Ellos dicen que los niños africanos mueren todos.

El padre sacudió el puño apuntando amenazante en dirección a la calle.

—Y... si te la pasás hablando con ellos... —le dijo entonces a la madre y entró a la casa.

—Seguro que la semana que viene llega otra postal —susurró la madre.

Entró a la casa detrás del padre y cerró las cortinas.

En invierno algunas cabezas se escondían detrás de la empalizada del cerco y observaban la casa ubicada al final de la calle. Los mirlos trinaban intensamente, y el buzón repiqueteaba cuando ingresaban postales. El desierto de las postales es igual a los remolinos de nieve en el campo. Siempre con trazo dorado, se ven antílopes y leones corriendo por el paisaje, y de fondo, negros atravesándose los labios con agujas y alargando su cuello con anillos. La pila de postales sobre la ventana de la cocina aumenta. Las postales cuentan historias de asaltos y niños, contienen frases tales como: *Para Navidad seguro nos vemos* y *Todos los vuelos a Europa fueron cancelados*.

—Yo creo ciegamente en lo que ella escribe —dice la madre a través del cerco.

Pero ya no les recita a los otros del pueblo lo que dicen las postales, excepto una única frase, su preferida: *Hoy el correo me trajo un paquete de ustedes con unas masitas y un gamulán estupendo*. Los otros del pueblo están cansados de escuchar esa frase, ya tiene como siete años, casi tres años más que el negrito.

Por primera vez la madre no cocinó un ganso entero para Navidad, solo puso menudos en la fuente y completó con caldo del frasco. De modo que ahora en la mesa hay más lugar para cerveza. Después de comer la madre cierra las cortinas, el padre apaga la luz.

—El año que viene volvé a hacer un ganso entero —le reclama antes de dormir—, me quedé con hambre.

Un día el padre se queda en el campo. Cuando los otros del pueblo lo encuentran entre las espigas, lo llevan al hospital.

—No puedo ir hasta la ciudad a visitarlo —dice la madre a través del cerco—, mi hija regresa a casa uno de estos días, ayer escribió. Si llega a encontrar una casa vacía, se vuelve a ir.

A fines de enero muere el padre, y dos días después la hija regresa de África. La madre y la hija están sentadas a la mesa comiendo

en la sala el mazapán que sobró, el negrito está en la cocina aprendiendo a preparar ganso asado y albóndigas, y el negro del padre está podando los chupones del manzano y saluda a los otros del pueblo con su enorme mano oscura.

—Yo siempre creí en lo que ella escribía —les dice la madre a los otros del pueblo a través del cerco y señala la casa.

Se da vuelta para ver si el negro del padre, la hija y el negrito están en la cocina esperándola con la comida, pero en la ventana de la cocina solo se ven las postales de los últimos años. De lejos, los otros del pueblo pueden adivinar el motivo de la primera postal, la mata de espinas largas.

EL ÁRBOL DE BOTELLAS DE WHISKY

El árbol creció muy bien este año. Hace veinticinco años que lo plantamos. Ese día enterramos una botella de whisky en la tierra dura de febrero. Yo todavía era chico; mi madre me había prohibido llevarme tierra removida a la boca o metérmela en el bolsillo del pantalón. Yo igual lo hacía porque total nadie notaba que faltaba tierra. Con la tierra armé una maceta en mi cuarto, pero las plantas no crecieron. Sin embargo, el árbol crecía muy bien en el patio. Creció más rápido de lo previsto, ya en el verano mi padre pudo cosechar. Mi madre cosechaba poco, no cosechaba nunca. Durante mucho tiempo no fui lo suficientemente alto como para llegarles a las ramas. Hoy sí llego, pero soy tímido. A mi padre le parece una ridiculez que sea tímido. Soy tímido con mi padre y con el árbol. Y con el pasto seco de alrededor. Nunca jugaba en ese sector cuando era chico. Ahí abajo no hay reposeras, no es un árbol que dé sombra.

Con los años el árbol creció un montón, ni el verano ni el invierno se lo impedían. Fueron contados los meses en los que el árbol no creció, pero sí hubo temporadas en las que no me dejaban regarlo. Mi madre en la cocina me decía que no lo regara. «Hijo, no riegues el árbol», decía mi madre. Y yo regaba el árbol. «No lo riegues», decía mi madre, lo decía dos o tres veces por día, cada día, a cada hora, mientras lavaba vasos y platos mirando hacia el patio por la ventana

de la cocina. Llevaba puesto su batón lila y mi padre, sentado abajo del árbol, se lo criticaba. «¡Odio ese batón lila!», me gritaba mi padre a través del patio, «¡odio tu batón lila!», le gritaba desde el patio a la cocina. Y yo regaba el árbol, lo regaba dos o tres veces por día, cada día, a cada hora. Con la regadera verde, con la roja, con las dos regaderas que llenaba en el tanque de agua de lluvia; lo regaba y lo meaba, porque supuestamente le hacía bien, eso decían; tomaba en la cocina toda el agua que podía y después iba corriendo al patio y meaba el árbol. Transporté al patio la tierra que tenía en mi cuarto, donde no habían crecido las plantas, y la esparcí toda por el pasto reseco de alrededor, la alisé bien prolijo para que el pasto y el árbol crecieran mejor. El pasto no crecía, pero el árbol sí.

Y nunca jugué en el pasto seco debajo del árbol, siempre al costado, atrás de la casa cerca del tanque de agua de lluvia. Pero una vez, sin querer, se me fue la pelota abajo del árbol. Justo en ese momento mi madre nos llamó a comer. La pelota azul quedó quieta ahí abajo. En la cocina me comí rápido un pan con salame y volví al patio. Mientras nosotros comíamos, el árbol se había tragado la pelota, la había digerido y luego escupido en triangulitos sobre el pasto seco. Mi madre no me regaló otra pelota porque yo regaba y meaba el árbol. Mi padre no me regaló otra pelota porque se pasaba el día sentado abajo del árbol y me observaba cuando lo regaba. Yo no jugué más con la pelota azul.

Hubo largos veranos en los que no me dejaban regar el árbol y yo igual lo regaba, y hubo largos inviernos en los que el agua se congelaba sobre el pasto ralo de alrededor; y yo iba corriendo a la escuela con la mochila en la espalda y me patinaba en la vereda helada y en la escuela pensaba en que el árbol tenía que crecer, y en clase de dibujo me perdía la lección de teoría del color culpa del árbol y del pasto todo escarchado, pero también me la perdía porque regar me agotaba. El árbol tenía que crecer. Y crecía bien.

También hubo épocas en las que sí tenía que regar el árbol. «Hijo, regá el árbol», decía mi madre, y yo regaba el árbol. «Más regalo», decía mi madre, y yo lo regaba más. Con el batón rosa puesto, mi

madre me hacía ir, regadera tras regadera, desde el tanque de agua de lluvia hasta el árbol y de nuevo al tanque; yo acarreaba el agua en la regadera verde, en la roja, en ambas regaderas a la vez remolcaba el agua; «regá el árbol», me gritaba mi madre y me apuraba golpeando con los nudillos la ventana de la cocina; y mi padre, sentado abajo del árbol, me tiraba con los plastiquitos azules. Le gustaba el batón de mi madre. «Me gusta tu batón», exclamaba mi padre, y mi madre lo saludaba con la mano desde la ventana de la cocina, y se reían los dos al mismo tiempo cuando un plastiquito azul me daba en la cabeza mientras estaba regando y por el sobresalto me chorreaba sin querer los pantalones o los zapatos. A la noche me ponía a juntar los plastiquitos que habían quedado por fuera del pasto seco, los guardaba bien en una caja de cartón en mi cuarto y, con los años, fui armando una nueva pelota. Hasta el día de hoy, no alcanzan como para una pelota entera, apenas llegan a formar una semiesfera agujereada.

En las épocas en las que sí tenía que regar el árbol, mi madre llevaba sorbetes y corchos en los bolsillos del batón; en esas épocas mi madre tallaba de noche en la cocina y durante el día tenía los bolsillos del batón llenos. Tallaba para mi padre corchos con motivos de plumas de pájaro y plumitas de ganso, y decoraba los sorbetes con diminutos ornamentos. Y mi padre se sentaba debajo del árbol y chupaba de las pajitas haciendo ruido; y mi madre me gritaba desde la cocina que regara el árbol y se aplicaba apósitos en los cortecitos que se había hecho tallando durante la noche; y yo regaba el árbol, y podaba sus brotes y le recortaba la copa dándole una forma más linda que la que tenía y que a mi madre le gustaba más. Y el árbol crecía muy bien.

Ese año el árbol creció como nunca. Hace rato ya que está grande, pero igual lo sigo regando. Es verano y mi madre dice que no riegue el árbol. «Hijo, no riegues el árbol», dice mi madre, y yo riego. Riego porque mi padre se sienta abajo del árbol y suplica. Mi padre suplica y al mismo tiempo cree que soy ridículo porque soy tímido. «Hijo, no seas tímido, o acaso no sos un hombre», dice mi padre. Yo riego el árbol con la regadera verde, con la roja, lo riego

con las dos regaderas, y las dos ya están agujereadas. Corro por el patio, corro desde el tanque de agua de lluvia hasta el árbol. Tengo músculos fuertes, pero cuando las regaderas están agujereadas, no hay músculo que valga; pierdo por el camino la mitad del agua que cargo, pero igual riego. Mi madre está en la cocina y lleva puesto el batón beige y lava vasos y tazas y enjuaga sorbetes. El moho de los sorbetes no sale, no vienen cepillos tan chiquitos. Mi madre lava y lava y no le importa, no mira el agua del fregadero, sino que me observa a mí mientras riego, y a la noche muerde su pan con salame sin poner la mesa. «¡Odio su batón!», le grito yo a mi padre a través del patio. Mi padre chupa con ruido de las pajitas con moho y larga una risita. «¡Odio tus batones, mamá!», vocifero yo desde el patio a la cocina. *No seas tímido*, dice mi padre risueño mientras yo grito. Yo sé que el árbol no se va a secar si no lo riego. Lo único que sigue seco con el paso de los años es el pasto de alrededor. Está seco por culpa de los plástiquitos azules, y ahí sí no hay músculo ni riego que valga.

POR EL MOMENTO NO QUISIERA PREOCUPARME

Desde hoy a la mañana mi buzón en el palier tiene un cartelito nuevo en el que vi escrito el nombre de mi hijo. Si bien cuando salía para el trabajo me detuve a mirarlo, al mediodía ya no recordaba si, en efecto, estaba en el ingreso. A la tarde ya estaba seguro de que al cartelito me lo había figurado, a la noche, sin embargo, el cartelito con el nombre de mi hijo seguía estando ahí. Ahora estoy concentrado en la sopa que se está cocinando y no logro impedir que, junto con el nombre de mi hijo, vuelvan a mi memoria los poquitos meses que pasé con la mujer. Desde que mi hijo desapareció no tuve que pensar más en la mujer, y tengo miedo de que con el regreso de mi hijo otra vez la recuerde diariamente. Aunque por el momento no quisiera preocuparme.

Conocí a la mujer hace veinte años porque era una adicta a las compras por catálogo. Desde los dieciséis que trabajé como repartidor en los barrios de la zona sur, en aquel tiempo iba continuamente a entregarle paquetes a la mujer. Cualquier cosa compraba, canastos para la ropa, aparatos de fax y trituradoras de papel; todos los días le entregaba un paquete de algún remitente distinto, y mientras subía la escalera hacia su departamento me la imaginaba día tras día copiando códigos, transcribiéndolos de los enormes catálogos a las pequeñas fichas de pedidos y después yendo a depositar las fichas en el buzón ubicado al final de su calle. A mí me gustaba esa imagen y su

adicción a las compras, y una vez la invité a comer, ambos pedimos milanesas con verduras y croquetas, nos entendimos bien. A partir de entonces empezamos a vernos dos veces por día, a la mañana en el umbral de su puerta y a la noche en una hostería, charlábamos de sus pedidos y sus deudas y a veces también de cuál era, para un repartidor, el tamaño y el peso más agradable de un paquete. Pasados unos meses me crucé en la escalera con el agente judicial, me saludó con el típico gesto confiado de los uniformados, y ese día la mujer empezó a pedirme dinero sistemáticamente. Poco tardé en no soportar más sus pedidos, y no me quedó otra más que hacer desaparecer mujer y pedidos todo junto en la planchadora. Enrollé a la mujer en el lienzo que recubre al rodillo y giré la manivela para un lado y para el otro, ella apenas oponía resistencia. Aplanada por el peso de los rodillos, salió de la planchadora temblando. Se chocó varias veces el contramarco de la puerta hasta que tropezó y cayó al otro lado del umbral. En la calle el viento se puso a jugar con ella. Con sus manos aplanadas buscó apoyo en la saliente de una ventana y en la copa de un árbol. Poco después, desapareció entre las nubes.

Quise olvidarme de la mujer enseguida, pero al cabo de unos pocos meses me parió un hijo. Me lo envió en un paquete, yo mismo me entregué el paquete y lo dejé en un rincón de mi casa sin darle demasiada importancia. Enseguida me llamaron la atención los rasguños provenientes de su interior. Cuando quité cuidadosamente el embalaje, mi hijo salió gateando, tenía las manos y los pies tan chatos como la mujer cuando salió de la planchadora. El resto de su cuerpo estaba intacto, y sus ojos eran verdes como los de la mujer. No solo por eso mi hijo me recordaba a la mujer, sino también por la forma en que me seguía por toda la casa, a mi cocina, a mi living, a mi dormitorio, me hacía pensar en la mujer todo el tiempo. Yo tenía la ilusión de que mi hijo me abandonara pronto, porque quería olvidar de una buena vez a la mujer y su adicción a las compras por catálogo, las fichas de pedidos cuyos recuadros ella había rellenado con códigos, los grandes paquetes que yo día tras día había llevado hasta su casa, sus ojos verdes, esos que me

habían mendigado dinero. Tampoco quería tener que pensar en la mirada compasiva del agente judicial. Pero mi hijo se quedó, y junto con él se quedó el recuerdo de la mujer. Evalué hacer desaparecer a mi hijo en la planchadora igual que había hecho con la mujer, pero no quería volver al cuarto de planchado, tenía miedo de encontrar restos de la mujer en el lienzo o de despertar la sospecha de los viejos del barrio si, por segunda vez, ingresaba al cuarto acompañado y salía solo. Así que le hice lugar a mi hijo en un rincón del ropero y tuve la ilusión de que desapareciera si lo ignoraba. Pero mi hijo parecía estar contento, durante el día dormía, de noche gateaba por el piso de mi casa, siguiéndome continuamente, y a veces me pellizcaba las pantorrillas o me mordía los talones. Yo le gritaba o lo pateaba, pero él me seguía en silencio y con una obstinación que yo hasta el momento no había visto en ningún ser humano, ni siquiera en el agente judicial cuando lo crucé en la escalera. En las noches más difíciles, mi hijo sacaba cucharas del cajón y se subía a mi cama de un salto, me pegaba en la frente con la dura madera de las cucharas hasta que ya no lo soportaba más y lo encerraba en el ropero. Entonces, con sus manos planas, rasca-ba la madera y aullaba toda la noche. Cuanto más crecía mi hijo, más seguido me golpeaba y más fuerte rasca-ba y aullaba, y al poco tiempo fue tal mi agotamiento que tuve que dar parte de enfermo en el trabajo. Estuve semanas enteras en mi cama casi sin moverme, no podía revelarme contra los tormentos del niño, ni siquiera reaccionaba al timbre. Un día mi hijo desapareció en forma repentina, de un día para el otro dejó de saltar a mi cama para pegarme con cucharas y su rincón del ropero quedó vacío. Con mucho cuidado empecé de nuevo a entregar paquetes. Los primeros días, temeroso, buscaba a mi hijo con la mirada. Para entonces, la zona de reparto se había extendido hasta el sudeste, y ahora pateaba la ciudad mucho más que antes, pero no me crucé con mi hijo. Junté todas sus cosas y las tiré en los volquetes del patio, y recién cuando a los dos días vi a las siete de la mañana al recolector llevándose los pantalones, los pulóveres y los zapatos planos de mi hijo fue

que pude olvidar finalmente a la mujer. Primero olvidé el color del umbral de su puerta y la forma de la baranda de la escalera, la cuantía de sus deudas y su adicción a las compras por catálogo, después olvidé el sonido de su voz, finalmente su rostro y por último su nombre y su dirección. No pensé en ella durante años. Pero esta mañana, cuando de camino al trabajo vi el cartelito del buzón con el nombre de mi hijo, me volvió a la memoria.

Se está cocinando la sopa para los próximos tres días, está muy aguada, corto más papas y las agrego al líquido amarronado, subo la hornalla para que la sopa se espese. La sopa aguada borbotea, la tapo, pongo un plato en la mesa y dejo preparada una cuchara, pero ya no tengo hambre. Por el momento no quisiera preocuparme, pero sin embargo no logro impedir el miedo cada vez mayor de que mi hijo regrese. Mi hijo probablemente volverá a seguirme por toda la casa y me pellizcará las pantorrillas. Subo otro poco más la hornalla de la sopa como para poder tomarla mañana a la noche. Luego me acuesto en mi cama.

Cuando estoy a punto de quedarme dormido, de noche, suena el timbre. Seguro sea el dedo plano de mi hijo apretando el timbre, seguro entre a mi casa y tenga en las manos cucharas de madera con las que le gustaría golpearme, o se trepe al ropero, rasque la madera y aülle tan fuerte que yo mañana por el agotamiento no pueda ir a trabajar. En mi casa huele raro, una sutil mezcla de puerros salteados, cebolla y papas quemadas, seguramente la hornalla de la sopa está al máximo. No voy a ir a la cocina a apagarla y no le voy a abrir la puerta de mi casa a mi hijo. Cierro los ojos. No quisiera jamás volver a vivir con mi hijo en mi casa. Vuelve a sonar el timbre. Me hago el dormido. Oigo voces en la escalera. Las voces se transforman en gritos. El timbre suena unos segundos. Pausa. Suena unos segundos. A pesar de que hace mucho calor en la habitación, no me destapo. Frente a la puerta de mi casa parecen haberse formado los viejos del cuarto de planchado, varios repartidores y todas las mujeres de los edificios aledaños. Quieren que le abra la puerta a mi hijo, patean la puerta de mi casa, gritan

a coro mi nombre. En casa de a poco empieza a hacer un calor insoportable, aun así, no me muevo. Ignoro los pasos y los gritos en la escalera porque estoy durmiendo, no puedo abrir la puerta de mi casa porque estoy durmiendo, no oigo las voces, no oigo las patadas en mi puerta, no oigo mi timbre porque cerré los ojos y estoy durmiendo, de dormido no se puede oír, de dormido no se puede ver, de dormido uno no se puede mover. Por el momento no quisiera preocuparme.

EL ASUNTO CON LA ALFOMBRA

Mi hijo siempre grita. Hace un año que grita. Los niños por lo general no gritan tanto. Basta con preguntarles a algunas madres en el parque. ¿Si grita? A lo sumo cuando tiene hambre, pero no siempre. Al principio lo alzaba y lo paseaba de un lado a otro, lo acunaba y le cantaba. Nada servía. Hasta ahora no encontré nada que sirva. Estoy en casa con el bebé. Es mediodía, estoy cansada. Está durmiendo en la butaca para el auto. Si es que duerme, duerme en la butaca. Para lograr dormirlo le compré además una cuna. La vendedora dijo que muchos padres lo solucionan con una cuna, ella misma incluso. En una cuna cualquier bebé se duerme al instante, dijo la vendedora. El bebé todavía nunca se quedó dormido en la cuna. Si el bebé no gritara todo el tiempo, iría a devolver la cuna. Pero no puedo manejar hasta la ciudad con el bebé gritando. Una sola vez lo hice, fue insoportable. La gente se daba vuelta en la calle para mirarme. En el tranvía todos me clavaban la mirada. Una señora mayor le cuchicheaba y le acariciaba el cachete para calmarlo, como si fuese suyo en lugar de mío. En el negocio, la vendedora miraba continuamente la butaca mientras a mí me enchufaba la cuna. Y las demás vendedoras, con suma discreción, deambulaban por el sector camas para ver de quién era el bebé que gritaba de esa manera.

Es mediodía, estoy cansada, el bebé está en el living sentado en la butaca y yo en el dormitorio. Antes solía irme a dormir al sofá

creyendo que a lo mejor el bebé se calmaría teniéndome más cerca. Pero no sirvió de nada, y el sofá es incomodísimo. Siempre tuve problemas para dormir. Desde que está el bebé, la cosa se puso bien seria. No logro conciliar el sueño sabiendo que el bebé puede ponerse a gritar en cualquier momento. Me quedo una o dos horas acostada en la cama cuando en realidad lo que hago es esperar que el bebé empiece de nuevo a gritar. A veces en el parque cabeceo, es que estoy agotada. Pero son unos minutos y me despierto y lo primero que hago es buscar al bebé. Las otras madres seguro me deben criticar porque llevo a mi hijo al parque en una butaca para auto y porque él, a su vez, en el parque casi siempre grita. No vienen a sentarse conmigo en el banco, sino que estacionan sus cochecitos en el lado opuesto. Y encima después también ven que me quedo dormida durante el día. Hace seis meses me quedé dormida en casa mientras lo amamantaba. Me desperté cuando el bebé cayó al piso y empezó a gritar. No se hizo nada, en el piso hay una alfombra muy mullida. La heredé de mi abuela cuando murió. Salí de su casa a la calle con la alfombra a cuestas y empecé a caminar, la acarree unos metros, hice un descanso, después seguí. Para ese entonces ya estaba de cinco o seis meses, tenía bastante panza. Sabía que en cualquier esquina alguien me preguntaría si necesitaba ayuda. A las dos o tres cuadras alguien se dirigió a mí efectivamente. Estuvimos hora y media cargando entre dos la pesada alfombra por las calles, fue bastante divertido. Paramos dos veces a tomar algo en unos puestitos. Lo invité a comer a mi casa, pan con queso y fiambre, y después se despidió sin pretender nada más. El caso es que el bebé cayó sobre la alfombra mullida y no se hizo nada. La alfombra está en el living a propósito, la puse para el bebé.

Estoy agotada, el bebé está durmiendo en el living y yo estoy en el dormitorio acostada en la cama. El dormitorio no sirve de mucho cuando el bebé empieza a gritar. Las paredes de mi departamento son tan angostas que oigo los gritos del bebé, aunque me tape hasta las orejas. Las otras madres pueden salir de su casa, ir a pasear o tomar un helado, pero yo no puedo hacer eso. En realidad, el bebé

y yo siempre estamos solos. El padre del niño no está nunca. Así lo llaman en las dependencias públicas, donde una vez me preguntaron: «¿Qué hay del padre del niño?» Desde esa vez que yo a veces lo llamo padre del niño, pero a él no le resulta gracioso. Cuando el padre del niño está, lo único que hace es despanzurrarse en mi cama, y el bebé sigue gritando. Él tampoco tiene la menor idea de qué se puede hacer para calmar esos gritos. Yo ya tuve un hijo, pero no gritaba tanto. Muy poco, a decir verdad. Igual que dicen las madres en el parque: ¿si grita? A lo sumo cuando tiene hambre, pero no siempre. El hombre del primer hijo siempre estaba, pero pasado un tiempo dejamos de llevarnos bien los tres en el departamentito, así que lo eché. Y después di a mi primer hijo. Sin el hombre la cosa no funcionaba, era demasiado para mí. Fue bastante sencillo dar al niño. Difícil se pone cuando uno después quiere descubrir a dónde fue a parar la criatura. Lo raro es que en un principio lo di con ganas. Cuando se lo llevaron, pensé que estaría en alguna otra parte solo por un tiempo. No volvió enseguida, entonces supuse que estaría viviendo temporalmente con el hombre. El niño está recuperando el tiempo con el hombre, pensé yo, y cuando regrese ya no me arrancará la cuchara de la mano cuando estoy comiendo y se quedará tranquilo cuando quiera ver una película. Recién más tarde comprendí que el niño ya no regresaría a casa. Pero es imposible que no lo vuelva a ver, pensé entonces, en cualquier momento seguro regresa. La cosa siempre fluctuaba, de un minuto a otro un interruptor dentro de mí cambiaba de posición, encendiéndolo podría haberme reído, apagándolo, llorado. Hasta que un interruptor tal desaparece, pasan años.

El bebé duerme en su butaca, estoy acostada y tengo la sensación de quedarme dormida si el bebé me da una hora de respiro. En la cama a veces duermo bastante bien, sobre todo cuando no me acuesto sola. El hombre al que eché suele venir bastante seguido de visita, y también el padre del niño pasa a la noche de vez en cuando. Pero desde que se cruzaron, ya no me visita ninguno de los dos. Fue hace una semana. Primero me echaron la bronca a mí y después

se agarraron entre ellos, gritaron más que la criatura, y después salieron de casa corriendo, primero uno y después el otro. Los vi desde la ventana esperando en la parada, separados por unos metros. Después de que se fueron, el bebé gritó quince horas. Aunque hace rato ya que no paseo al bebé por la casa cuando grita, sino que lo pongo en la butaca y espero, a las siete u ocho horas lo levante de la butaca, lo paseé por la casa en brazos, le canté unas canciones, como hacía al principio, cuando todavía pensaba que a lo mejor serviría de algo. Por supuesto que el bebé no se tranquilizó, y como no supe qué hacer lo puse en la cuna. Pero también en la cuna siguió gritando, a pesar de que lo hamacaba y le movía el juguete en la cabecera. Lo mejor de la cuna, dijo la vendedora, es que se le puede enganchar un juguete en la cabecera. Ella me recomendó un sonajero y un mordillo. Lo que no me dijo es que para tener una cuna también hace falta una casa grande y un bebé que pueda dormir en cualquier parte. Yo no tengo ni lo uno ni lo otro. A lo mejor la vendedora tiene un marido adinerado con una casa enorme, y las madres del parque también tienen casas enormes. Pero yo, por culpa de la cuna, tuve que sacar la vajilla del armario del living y ponerla en la cocina. Porque como la cuna mide un metro de alto ya no se pueden abrir las puertas del armario. Tampoco puedo sentarme en el sillón a mirar televisión, siempre hay un ángulo de la cuna atravesándose en el camino. De todos modos, ya no miro televisión porque el bebé grita tanto que no oigo lo que dicen. Entonces, como también siguió gritando en la cuna, volví a ponerlo en la butaca, idea que ya tenía. Como yo sin embargo estaba contenta de que ambos hombres se habían ido, entendí, en cierto modo, que el bebé se la pasara quince horas seguidas gritando. En quince horas le di de comer dos veces. Tragó y siguió gritando. Hasta que por fin durmió tres horas, y ahí también pude dormir yo.

Estoy acostada en la cama y tengo la sensación de quedarme dormida si el bebé me da media hora de respiro. Con un hombre en la cama podría dormir mejor. Extraño a los hombres, al menos al que eché. Está tratando de recuperar a mi primer hijo. Por eso una

vez me pidió una firma. Pero yo no se la di. No quiero que encuentre a mi primer hijo. No quiero volver a ver a mi primer hijo hasta tanto no haya desaparecido ese interruptor. Tengo la sensación de estar por dormirme, y me tomo un trago así me puedo olvidar del bebé que está en el living. Un traguito nada más, nunca tomo mucho. No tomé casi nada cuando estaba embarazada y mientras amamantaba, de vez en cuando un champán como para brindar si pasaba algo lindo, por ejemplo, el asunto con la alfombra. Me tomo un trago e intento no pensar en el bebé ni en los dos hombres porque si no después no puedo dormir. Me pongo a pensar en mi abuela, en cómo murió y lo lindo que fue el entierro. Después pienso en la vendedora del negocio, en la vida que debe llevar con su marido adinerado en su casa inmensa. Ninguna de las dos cosas surte efecto. Trato de pensar en los nuevos padres de mi primer hijo, en lo contentos que deben estar ahora de tener finalmente un hijo, uno que no lllore, o a lo sumo cuando tiene hambre, pero no siempre. Tomo otro trago. En ese instante el bebé empieza a lloriquear y después lo oigo gritar cada vez más fuerte, y de repente escucho una estampida. Me levanto de un salto y voy corriendo al living. Veo la butaca tumbada con el bebé adentro, el bebé gritando, pataleando con brazos y piernas como un escarabajo dado vuelta, la butaca está a punto de venirse abajo en cualquier momento y el bebé daría con la cabeza contra el piso. Voy a tener que atarlo a la butaca con el cinturón, porque una vez que estábamos en la cama con el padre del niño, fue gateando hasta la cocina, rompió unos platos y se cortó con los pedazos. El bebé grita y patalea. Y hace dos semanas que no duermo bien. Ya casi no tengo ojos. Tengo la sensación de tener piedras en lugar de ojos. Levanto la butaca con el bebé y la llevo a la cocina. La dejo en el piso de la cocina y la sostengo con un pie para que el bebé no se dé vuelta otra vez. Con el cuchillo trituro un par de pastillas sobre la mesa y pongo el polvo blanco en su vasito. Lo lleno con agua, le agrego un poco de jarabe de frutilla y lo mezclo. Le doy el vasito al bebé. Primero no quiere tomar. Pero después sí. Tose. Sigue tomando. Lo dejo tomar hasta terminarse el vasito. Después vuelvo a llevar

la butaca al living. De repente, el bebé se tranquiliza. Me acuesto en la cama y deseo tener al lado mío al hombre que eché. Y tengo ganas de tener también a mi primer hijo. Nos imagino a los tres, desperezándonos en la cama, pellizcándonos las mejillas, acariciándonos la nuca y dándonos besos de esquimal y riéndonos de que mi cama sea tan chica para los tres, y nos imagino durmiendo todos juntos hasta que se haga de mañana.

ME ALEGRO DE QUE MI NOMBRE SEA SEÑORA Z

El cliente premium 43-53 llama para reclamar que la señora M no responde su mensaje sobre la calidad deficiente del producto. Dice habérselo enviado a la señora M hace cuatro días. Qué raro, porque la señora M jamás desatendió un reclamo. Los clientes siempre quedan conformes con su trabajo, a veces hasta le hacen llegar tarjetas de agradecimiento, y tengo entendido que para Navidad es ella quien recibe la mayor cantidad de paquetes con dulces y vinos. Me disculpo con el cliente 43-53 y me comprometo a señalarle a la señora M su descuido. La suave alfombra azul del corredor apaga el sonido de mis pasos. Detrás de la puerta de vidrio se recorta el cuerpo de la señora M como una sombra, pero la señora M no me responde cuando llamo a su puerta. Me extraña no haber visto a la señora M en cuatro días, ni en la máquina de café ni en la cantina, tampoco nos cruzamos de camino al baño o a la fotocopidora. Cuando ambas coincidimos en el camino siempre intercambiamos unas palabras, yo le pregunto algunas cosas sobre la facturación o los insumos, hace apenas tres meses que trabajo en la empresa, y hay muchas costumbres de las que aún no estoy enterada. La señora M siempre me explica paciente y amablemente cómo facturar correctamente o dónde encontrar sobres de tamaño A3.

Golpeo en la habitación contigua y la señora N dice impaciente:

—Sí, adelante.

Abro la puerta, y aunque la señora N no levanta la cabeza, comienzo:

—La señora M...

Pero me corta en seco.

—Otra vez... qué pasa ahora con la señora M, ¿no alcanza con haber tenido que fichar por ella una pila así de facturación? ¿Usted ve ese bibliorato que hay ahí? Bueno, en realidad le correspondería a ella procesarlo, ¡pero también eso me encajó!

—Acabo de llamar a la puerta de su oficina y no responde.

Traté de ocultar mi sorpresa al enterarme de que la señora M necesitaba ayuda para cumplir con su trabajo. Hasta el momento yo la tenía por una empleada particularmente eficiente.

—Sí, ¿y? —pregunta la señora N—. ¿Acaso usted responde cada vez que llaman a su puerta?

En lugar de decir que nunca se me había ocurrido ignorar cuando me golpeaban la puerta, me lo callo y explico:

—Me llegó el reclamo de un cliente que dice que hace cuatro días que no le responden.

—De acuerdo —dice la señora N suspirando—, vayamos a ver, nunca se sabe.

Una vez más, no obtenemos respuesta cuando llamamos a la puerta de la señora M. Sin perder tiempo, la señora N la abre. La señora M está rígida sentada frente a su computadora, no se da vuelta hacia nosotras, tiene la mirada fija en la pantalla, el rostro de un pálido azulado, sus manos presionando sobre el teclado, de modo que han redactado un documento interminable. Le toco las manos, están frías e inertes. Me asusto, pero trato de evitar que se me note.

—Nos suele suceder —dice la señora N.

Parece saber cómo hay que proceder en estos casos: llama al médico de personal. Mientras las empleadas de las habitaciones vecinas comienzan a agolparse en la oficina de la señora M y comentan consternadas no haber notado en cuatro días la desgracia de esta,

yo me pongo a llorar en silencio. Aunque trato de hacerlo sin ruido, algunas empleadas reparan en mí, y la señora O me presta el pañuelo que lleva puesto al cuello para que me seque las lágrimas. Cuando me lo alcanza, se apoya el dedo índice en los labios. El gesto me consuela. Doy un vistazo furtivo a la señora M muerta. Poco después llega el médico y diagnostica trombosis cerebral. Las empleadas dentro de la habitación de la señora M asienten como si hubiesen sabido que ese era el diagnóstico. La señora N dice:

—Hace seis meses la señora L murió de lo mismo.

—No —la contradice la señora O—, la señora L murió de una trombosis en las piernas.

—La de la trombosis en las piernas fue la señora K —acota la señora P.

Yo también asiento en cada frase como si recordara, cuando en realidad hace apenas tres meses que trabajo en la empresa.

La señora N barre con el brazo para despejar la mesa auxiliar del escritorio de la señora M. El papel planea por el aire, los folios vuelan por la habitación, grampas, perforadora y clips caen al piso, y también el portarretrato con la foto de la madre de la señora M. Al caer sobre la suave alfombra azul, no se rompe. Pero sí la lamparita verde de escritorio cuando se desploma rechinando contra la pared. Yo me sobresalto y miro a mi alrededor, el ruido no parece haber asustado a nadie. Las señoras N, O y P levantan el cuerpo de la señora M de la silla para ponerlo sobre la mesa auxiliar y comienzan a desvestirla. Le sacan también bombacha y corpiño. Debajo de la teta izquierda la señora M tiene un lunar enorme que solo se le ve de acostada, y su vello púbico está despelechado como una vieja manta de lana. La habitación está en silencio, las demás empleadas contemplan impasibles a la señora M desnuda, como si en la empresa muriera alguien todos los días. Están mudas apoyadas en los archivadores, en las paredes blancas o en el marco de la puerta. Vuelvo a pasarme el pañuelo por las mejillas y abro la boca para preguntar cuál es la causa de una trombosis cerebral, pero las miradas petrificadas de las demás empleadas hacen que me calle. La señora P

levanta la silla de la señora M y saca una llavecita plateada de una de las ruedas. Con la llavecita abre el último cajón de la mesa y saca una camisa larga de una fina tela blanca con floritas rosadas bordadas en el dobladillo. Las señoras N y O le ponen la camisa a la señora M, mientras que la señora P corre hacia el depósito de insumos al final del pasillo. La sigo con la mirada ir por el corredor. Vuelve trayendo una camisa limpia, la guarda en el último cajón de la mesa, cierra el cajón con llave y luego vuelve a ocultar la llave en la rueda de la silla.

De pronto, las demás empleadas comienzan a hablar otra vez.

—También lo habríamos superado —dice la señora Q.

—Es hora de almorzar —constata la señora R.

—Hoy hay matambre arrollado —comunica la señora S.

—¿Pero no hubo ayer? —menciona la señora T.

—Antes de ayer —balbuceo yo.

Y cuando quiero salir de la habitación la señora F me toma del brazo y me pregunta:

—Usted es nueva, ¿no?

Agacho la cabeza y entonces prosigue:

—Mire tranquila entonces, así ya sabe para la próxima.

Yo preferiría volver a mi oficina y responder el reclamo del cliente 43-53, pero la señora N me toma del brazo con tal firmeza que eso me indica que no admite una negativa. Con ayuda de un destornillador desmonta la mesa auxiliar y la separa del escritorio, destraba los frenos de las rueditas y saca la mesa de la habitación empujándola como una camilla y la conduce varios metros por el corredor hasta el ascensor. La señora O, la señora P y yo la escoltamos en silencio. La fina tela blanca trasluce los pezones de la señora M, incluso se le ve el enorme lunar. Cada vez que cruzamos a alguien, las tres señoras saludan como si estuvieran transportando una silla de escritorio nueva, yo las imito. Ya en el ascensor, dice la señora N:

—Menos mal que la semana pasada ayudé a la señora M con la facturación. Si no... —y deja la frase inconclusa.

Los corredores del sótano son más largos que los del piso doce, no están cubiertos con la suave alfombra azul. Y en lugar de puertas

de vidrio, dan a ellos innumerables puertas de madera. Las rueditas de la mesa repiquetean sobre las baldosas, la señora O y la señora P sujetan la mesa lateralmente para que no vuelque cuando queda colgando de algún desnivel. Empujan la mesa por recovecos y más recovecos, el camino parece interminable, rápidamente pierdo la orientación. Me encantaría poder observar mejor el sótano, pero me cautivan los pies de la señora M que, al marchar sobre suelo irregular, se estremecen como si se la estuviera reanimando con electroshock. Nadie dice nada hasta que llegamos a una puerta con la letra M. Ingresamos a una habitación del sótano con el techo semi abovedado y paredes de piedra gris vieja. Amurados a las paredes, hay dispuestos tablones a modo de estantes sosteniendo cajones de madera. Cuento unos diez en total, algunos están cubiertos por una gruesa capa de polvo.

—Podemos usar este de acá —dice la señora N señalando un cajón en el cuarto estante.

Lo apoya en el piso y abre la tapa, entre las tres levantan y meten a la inerte señora M y doblan sus extremidades como para que la tapa del cajón pueda volver a cerrarse sin dificultad. En uno de los lados del cajón, la señora N pega una etiqueta que saca de una expendedora empotrada a la pared y escribe 2008. Las señoras N, O y P no consiguen levantar el cajón hasta el cuarto estante. Tengo que ayudarlas colocándome debajo. Lo dejan descansar un momento sobre mi espalda, lo sujetan y vuelven a subirlo hasta el tablón. Cuando me enderezo siento un dolor repentino en la espalda, pero no digo nada.

—La próxima vez... —dice la señora N en el ascensor y se detiene a mitad de la frase.

La señora O y la señora P no insisten, así que yo tampoco.

De regreso en el piso doce, las señoras N, O y P vuelven a colocar la mesa auxiliar en la oficina de la señora M y, al pasar sin querer por encima del portarretrato que sigue ahí tirado en el piso, lo rompen. Me gustaría señalarles el percance, pero sin siquiera volver a mirarme, regresan a sus oficinas. Yo me pongo a juntar los pedazos del

portarretrato y, a pesar de que lo hago con movimientos rápidos, no me lastimo porque no son fragmentos de vidrio sino de plástico. Después también yo regreso a la computadora, redacto un escrito para el cliente premium 43-53 disculpándome en nombre de la empresa por la calidad deficiente del producto. Cuando más tarde voy al baño para lavar el pañuelo, paso por delante de la habitación de la señora M. No hay nadie sentado adentro, pero todo está como antes, la mesa auxiliar otra vez acoplada al escritorio, la computadora encendida, incluso hay un portarretrato nuevo esperando. En el baño lleno con agua uno de los lavatorios y pongo el pañuelo en remojo, agrego jabón, remuevo el pañuelo en el agua, refriego la tela resbalosa, lo escurro, vuelvo a sumergirlo en el agua turbia, lo vuelvo a refregar y a escurrir, como si en el pañuelo no solo estuvieran mis lágrimas.



•

KATHARINA BENDIXEN

Nació en 1981 en Leipzig, ciudad en la que reside. Estudió bibliología y filología hispánica en España y en Alemania. Publicó en revistas literarias y antologías. Es escritora, traductora y periodista. Sus dos libros fueron editados por la editorial Poetenladen en 2009 y 2012. Los relatos que integran este libro fueron extraídos del primero de ellos, *Der Whiskyflaschenbaum*.

[CRÉDITO: GERT MOTHES]



•

CAROLINA PREVIDERÉ

Nació en 1981 en Rafaela. Es traductora de alemán. Fue becaria del Instituto Goethe. Tradujo al español las novelas *Zielinski* (2013), *Largo aliento* (2015), *El instante elegido* (2017), *Quedarse quieto* (2019) de Nina Jäckle; *Invitación para temerarios* (2018) de Dorothee Elmiger (publicadas por Serapis). Vive en Buenos Aires y enseña alemán como lengua extranjera.

[CRÉDITO: HORACIO SOFIETTI]

ÍNDICE

- 3 **LA GRAMÍNEA**
- 7 **ÁFRICA POSTAL**
- 14 **EL ÁRBOL DE BOTELLAS DE WHISKY**
- 18 **POR EL MOMENTO NO QUISIERA
PREOCUPARME**
- 23 **EL ASUNTO CON LA ALFOMBRA**
- 29 **ME ALEGRO DE QUE MI NOMBRE
SEA SEÑORA Z**

COLECCIÓN **TATAKUÁ**

dirigida por Susana Ibáñez y Julia Sabena

Palabras que arden con el poder
transformador de la traducción.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



CEDINTEL



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Bendixen, Katharina

El árbol de botellas de whisky y otros textos
/ Katharina Bendixen. - 1a ed. - Santa Fe :
Universidad Nacional del Litoral, 2021.
Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera /
Tatakuá)

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Carolina Previderé.
ISBN 978-987-692-277-7

1. Narrativa Alemana. 2. Literatura Alemana.
I. Previderé, Carolina, trad. II. Título.
CDD 833

© Katharina Bendixe, 2021.

© de la traducción: Carolina Previderé, 2021.

© de la editorial: Vera cartonera, 2021.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional